

La Selecta





Constelación
de los Comunes

Fecha de la entrevista
5 de julio, 2017

Lugar
Zaragoza

Nombre del colectivo
La Selecta

Nombre de la persona entrevistada
Laura Corcuera

Entrevistadora
Palmar Álvarez-Blanco

Correo de contacto
info@laselecta.cc

Página web
laselecta.cc



¿Quién eres y cuál es tu relación con La Selecta?

Mi nombre es Laura Corcuera. Tengo 37 años. Vivo en la Sierra al norte de Madrid donde en el año 2013 creamos, a través de Producciones Indomables, el café laboratorio de las artes y las ciencias, La Selecta.

¿Qué fue La Selecta?

La Selecta fue—hablo en el pasado porque justo venimos de cerrar esta experiencia—, fue la expresión concreta de una serie de actividades que aglutinamos en una asociación cultural, sin ánimo de lucro, llamada Asociación Producciones Indomables. Era una asociación que, a día de hoy, sigue funcionando de la cual yo soy presidenta y hay socias y socios que pueden hacer actividades que están relacionadas con prácticas culturales y artísticas en un sentido muy laxo. Esta expresión concreta de La Selecta, en la Sierra Norte de Madrid—en un pueblo muy concreto que es Buitrago de Lozoya y que es un pueblo medieval que está en la zona norte de Madrid— tuvo una vivencia de casi dos años: 2013 y 2014. En este espacio conjugamos diferentes líneas de acción. La primera, una línea gastronómica—somos lo que comemos y lo que bebemos—, por tanto, creamos un restaurante con alternativas vegetarianas y veganas donde los alimentos que ofrecíamos venían de lugares de corto alcance, con toda una reflexión política en torno a lo gastronómico. Así que de ahí nosotras teníamos la fuente de ingresos principal que nos permitía luego desarrollar las otras líneas de trabajo: una línea más artística y una más científica y de divulgación. Entendiendo también las prácticas científicas y de investigación de una manera muy amplia—expansiva.

Entonces, estas tres líneas —la gastronómica, la artística cultural y la científica cultural—, se combinaban a lo largo de toda la semana. Durante dos días cerrábamos porque decíamos que otra hostelería era posible también y después el restaurante empezaba. Dábamos desayunos, pero sobre todo comidas y cenas. Y en los intersticios de estos servicios gastronómicos venía la actividad cultural en sí. La gastronomía ya es cultura, ¿verdad? pero programábamos desde presentaciones de libros, proyecciones de películas, debates, performance, piezas de teatro, danza, circo. Había un marcado interés por las artes escénicas porque muchas de las que formamos Producciones Indomables venimos de ese terreno, de las artes escénicas y de la comunicación, pero también desarrollamos una parte más científica a través de actividades como observaciones astronómicas en el exterior, porque La Selecta estaba emplazada en un centro hípico. La verdad es que esta historia daría para hacer una película, una novela o una serie de televisión. Nosotras estábamos dentro de un centro hípico. Es decir, rodeadas de casi cien caballos y pistas, redondas, cuadradas, de esos caballos donde los entrenaban y se domaban. La

Selecta se funda sobre la antigua cafetería de este centro hípico. Entonces, estas observaciones gastronómicas las hacíamos dentro de la pista circular. La pista circular, que yo llamé el teatro circular de arena, como un homenaje a Federico García Lorca y a lo que suponía esa indagación en el “teatro de la verdad”. Y entonces, desde esa arena, hacíamos observaciones de estrellas con compañeros que eran astrónomos.

Después también hicimos talleres de divulgación, de las ciencias, en el ámbito nutritivo, en el ámbito de la biología, en el ámbito de las ciencias sociales, sobre todo trabajando mucho, pues, las cuestiones de identidades sexuales y de género. Teníamos un convenio de colaboración con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con el CSIC y, gracias a ello, pues, organizamos también una serie de actividades de divulgación científica. Después, por ejemplo, sí es interesante analizar un poco el territorio, el lugar de la Sierra Norte de Madrid que son cuarenta y dos municipios, en los que vivimos casi 30,000 personas. Son municipios muy pequeñitos que tienen, por un lado, la característica de tener sus actividades propias y, al mismo tiempo, tener una interdependencia bastante particular. Entonces lo que hacíamos nosotras era también ofrecer una serie de actividades y un espacio de encuentro que iba más allá del bar del pueblo, donde fundamentalmente hay varones, blancos, de sesenta años para arriba, ganaderos, pues marcadamente machistas. Un espacio absolutamente masculinizado, como chica era un espacio hostil. Entonces de repente crear La Selecta en este entorno es crear un espacio de encuentro, un espacio de seguridad, de confort, de confianza para toda una población muy variada que tampoco encontraba ese espacio de encuentro.

¿Cuál fue la forma jurídica y cómo se organizó laboralmente La Selecta?

La forma jurídica nuestra era una asociación cultural. Nosotras teníamos dada de alta la actividad económica de hostelería y era un proyecto de autoempleo. Tres personas vivíamos del trabajo que realizábamos allí. Es verdad que había una gran parte de trabajo voluntario, en el marco de esta asociación, pero conseguimos de una manera muy modesta que tres personas pudiéramos mantenernos a partir del trabajo que allí realizábamos. Ese trabajo es, por un lado, de hostelería—hay una persona que era la chef y que coordinaba toda el área de cocina—; había otra persona que hacía más todo lo que es la encargada de barra del bar, servicio, porque teníamos un bar bastante amplio. Y una tercera, que era yo, un poco bisagra porque hacía hostelería, trabajaba también llevando las cuestiones de proveedores. Por ejemplo, todos nuestros proveedores eran cooperativas de productores a su vez—del aceite de oliva ecológico, de la sal, de la pasta, de las legumbres— entonces también había todo un mapa de alianzas en torno a la cocina y al bar. Entonces yo me dedicaba a eso y también lo compaginaba con toda la dirección artística y la programación y la producción. Porque nosotras también producíamos nuestros propios trabajos. Teníamos un espacio que habíamos creado para que artistas y activistas pudieran usarlo, pero nosotras también lo usábamos porque producíamos nuestros propios trabajos artísticos. Y yo también hacía todo un trabajo de diseño. Porque toda esa actividad tenía también una imagen, ¿no? Había cartelería que se distribuía por toda la Sierra, a través de nuestra página web y en redes sociales. La verdad es que no me aburría.

¿Qué tipo de gente se acercaba a vuestras actividades culturales y cómo se costeaban estas actividades?

Gente que vive en la zona y gente que viene de la ciudad. Esto era muy interesante porque, al final, logramos cambiar el orden de las cosas. Normalmente nosotras

tenemos que ir a Madrid para ver una pieza de teatro, una sala alternativa, o tenemos que ir a un concierto o hay una presentación de un libro. Entonces lo que hicimos fue darle la vuelta a esta situación y hacer un viaje de ida y vuelta. Con compañeras como Traficantes de Sueños, por ejemplo, cuya actividad en presentación de libros es bastante grande, pues, cada vez que iba una persona a presentar un libro a Traficantes, después venía al campo y replicábamos la actividad porque son públicos diferentes. Y había veces que la propia gente de la ciudad venía también al pueblo. Era muy bonito ver cómo La Selecta reunía a gente de muy diversas procedencias. Desde señoras mayores casi octogenarias, a niños y niñas que venían con sus papás y mamás, adolescentes de la sierra dependiendo de qué sesiones hiciéramos. Y, por ejemplo, con respecto a la cuestión mercantil y material que me preguntabas, nosotras a las compañías artistas que venían a presentar sus trabajos les dábamos el 90% de la recaudación de lo que llamábamos “bono de apoyo”. Lo llamamos “bono de apoyo” y no “entrada” porque en este país decir “entrada” supone tener que aceptar las condiciones de la Asociación General de derechos de Autoría (la SGAE). Entonces era un “bono de apoyo” que era voluntario. Es decir, si alguien no podía pagar tres o cuatro euros y quería verlo se iba a quedar, pero era “bono de apoyo” que servía para que la gente que viniera tuviera una pequeña remuneración. Y nosotras, entendiendo que desde la actividad gastronómica ya recuperábamos porque vendíamos cervezas y comida, pues el 90% de esa recaudación iba para la artista. Esto qué suponía, pues que cuando venían a lo mejor 150 personas, pues había una recaudación que no estaba nada mal. Porque nosotras no pagábamos “caches”, es decir, el sistema de programación y de exhibición no tiene nada que ver con un teatro público, por ejemplo.

En concreto, ¿qué gente del área se vinculó a La Selecta?

En La Selecta han participado algunas señoras mayores con las que yo hacía performance y con las que tenía un vínculo muy estrecho y bonito, que son las Thatcher de Braojos. En varias ocasiones incluso cocinaron. Hicimos varias veladas en las que las mayores nos enseñaban. Por ejemplo, nunca se hacían “torreznos”, era el único bar de la zona donde no hacíamos torreznos (the pig's skin fried) pero cuando ellas venían, hacían las torrijas, los torreznos..., y entonces era superbonito porque nosotras estábamos a su disposición, pero las chefs eran ellas. Cada una hacía su plato estrella y esa noche eran parte de la actividad. Por ejemplo, recuerdo la actividad con David Sanz que es un músico antropólogo que ha hecho todo un trabajo de recuperación de la música folk, de la oralidad de los pueblos—no solo de Madrid—. En el marco de esa velada, donde íbamos a escuchar voces de pueblos, de mujeres cantando jotas, pues ese día la cocina era parte de la temática. Recuerdo a “La maña”, que es una de las Thatcher de Braojos, pues, diciendo “Siempre he querido tener un restaurante, siempre quise tener un restaurante”. Y, de repente, ellas también traían público, o el espacio, gastronómicamente, lo dirigen ellas, ¿no? O venían también como espectadoras, participantes de debates.

¿Por qué ubicar esta actividad en un pueblo?

Yo llevaba tres años ya viviendo en la Sierra. Cuando me fui a la Sierra, me fui un poco hastiada de las dinámicas de la ciudad. Si bien considero que es necesario resistir vivir el cotidiano y cortocircuitar esas dinámicas urbanas para cambiarlas y hacer una ciudad más vivible; yo acabé muy harta y me fui al pueblo con una necesidad de espacio, espacio vital, espacio de trabajo, que ahora mismo, en una ciudad es un lujo. Yo vivo en una casa que no me podría pagar en la ciudad. Vivir allí también supone estar en contacto con la naturaleza y salir de una serie de burbujas. Yo vivía

en Madrid, Lavapiés y, pues, claro, la gente con la que yo convivía era bastante similar a mí. Y, de repente, me voy a una zona donde prevalece la ideología de derechas, conservadora, incluso a veces la extrema derecha; con un rango de edades muy diversas; también con unos flujos de desplazamientos migratorios interesantes. Venían personas marroquíes que viven en Buitrago del Lozoya... Entonces, personalmente, me parecía que el sentido político de un espacio como La Selecta tenía una potencia transformadora mucho mayor en el campo que en la ciudad. En los 90 hubo en Madrid ya mucha gente que se fue a los pueblos con contratos de trabajo porque empezaron a desarrollarse proyectos que ahora se han desmantelado: estaban los centros acceso público a internet, los puntos de lectura, bibliotecas, técnicos de juventud, técnicos de cultura. Entonces, hubo ya una remesa de personas que se fueron y que decidieron que su primera acción política iba a ser “el modo de vida”— “¿qué vida deseas vivir?”— y tener sus hijos y desarrollarse en contacto con la naturaleza, en otros tiempos que no son los que te marca la ciudad. Entonces, en ese sentido, a mí me parecía que no había comparación. De hecho, con un compañero de Proyecciones Indomables, tuvimos un debate de esto porque a él le daba igual la localización del proyecto— podría haber sido en el barrio de Embajadores— y era como “no, pero es que la localización es trascendental”. En Madrid, ahora mismo y por fortuna hay una ebullición de espacios culturales muy diversa, autogestionados, espacios recuperados... Pero en los pueblos... “¿qué hay en los pueblos?”... la gente más mayor y la gente que tiene el poder—que es un poder muy clásico del Ayuntamiento, de la Guardia Civil, de la iglesia—y que prefiere que los pueblos se mueran antes de que algo cambie. Y en el fondo, en un contexto más amplio, es afirmar que observar el mundo es observar que lo ecológico no es un apartado separado del resto; sino que la ecología, lo ecosocial, nos afecta. Es que necesitamos recuperar el campo, mirar el campo desde el siglo XXI, y pensar que si hay una recuperación de actividades ganaderas y agricultoras, “¿por qué no repensar también la actividad cultural en el campo?”

¿Puedes hablarnos de tus experiencias con colectivos de autogestión y con el modelo de autoempleo?

Yo vengo de experiencias colectivas. Casi toda mi vida he estado en experiencias colectivas, de autogestión y he trabajado mucho para la Administración Pública, pero cuando fundamos el periódico Diagonal en el año 2005, otro proyecto de autoempleo, fui una de las personas empleadas. Entonces, sí que cambia algo cuando tu conjugas el trabajo, que es un trabajo asalariado, pero es autoempleo, y desde una premisa casi anarquista; o sea, tú te autoempleas, autogestionas y después ves cómo pagas esa fuerza de trabajo, cómo lo pones en común, quién toma las decisiones, porque no hay jefes, no es una estructura vertical, es una asamblea. Y es una asamblea que tiene sus límites, por supuesto. Tiene sus conflictos, sus callejones sin salida, porque lo asamblearismo no está exento de conflictos, ni de problemas. Yo creo que es un tema a tocar en estos tiempos: ¿Cómo nos organizamos? ¿Qué formas de democracia profunda de funcionamiento en comunidad podemos inventar? ¿Qué herramientas podemos desarrollar? a partir de la observación del mundo y de la observación de que el asamblearismo, a veces también, reproduce estructuras de poder porque existe el mito de que en el asamblearismo todas somos iguales y no es cierto. Entonces, al conjugar el trabajo con el activismo tú eres tu propia jefa y hay un grado de responsabilidad. Es más fácil decir “tú dime lo que tengo que hacer y ya está”—siguiendo el pensamiento asalariado—. También tiene que ver con un empoderamiento personal, con decir “yo tengo las riendas de mi vida y de mi vida laboral”, porque yo no necesito trabajo, yo necesito dinero, y trabajo porque necesito dinero. Si tuviéramos otras formas de tener ingresos, pues seguiríamos

haciendo las cosas que nos apasionan, pero hay una necesidad de tener una serie de ingresos para poder pagar unas facturas, para poder tener una seguridad social y tener unas condiciones materiales mínimas cada mes. Entonces, conjugar eso desde luego... es complicado porque las líneas son muy difusas. ¿Qué es activismo y cuál es tu compromiso?, ¿qué es el trabajo?, ¿cuál es también tu compromiso en tanto que empleada de este proyecto? y ¿ante quién rindes cuentas?

En el contexto del activismo laboral, ¿es importante marcar límites?

Yo creo que sí, son muy importantes los límites, es importante marcarlos para luego, a lo mejor, saltártelos. Y después de toda esta experiencia, personalmente, siento un gran aprendizaje y me di cuenta de la cantidad de errores que cometí y de equivocaciones. Pero el error y la equivocación forman parte del proceso de aprendizaje. Entonces, hacer una lectura en propositivo de esto permite pensar en el funcionamiento y la creación de comunidades y de los liderazgos. Yo he sido líder en este proyecto. Y como líder de este proyecto, pues he sufrido muchos malestares, he cometido muchos errores en la gestión de los conflictos dentro del grupo. Por ejemplo, hablaba de los límites del asamblearismo, negar que existen estos liderazgos me parece un error porque es obviar una cosa que forma parte de la realidad. Otra cosa, es pensar “qué liderazgos hay, cómo son los roles, cómo nos los alternamos”. Porque, efectivamente, es que tú “sola no puedes y con amigas, sí” y esto es así. Y yo digo ya sin pudor: “he liderado este proyecto, un proyecto colectivo, comunitario y, en la medida de lo posible, horizontal”. No lo escondo. Y antes habría dicho “mira, somos todos iguales”. Y eso tiene que ver con hacer una meditación propia y una autoreflexión de decir “¿hasta qué punto yo quiero comprometerme y qué límites quiero cruzar y qué límites no quiero cruzar?” y “¿cuáles son mis circunstancias vitales?” Yo no tengo hijos, no tengo una familia que esté a mi cargo y que deba cuidar. No tengo ningún problema de salud que me requiera una serie determinada de cosas cotidianas. Tengo una forma de ser que es mi forma de ser. Entonces, en la creación de comunidades están las circunstancias de cada individuo—que todas son legítimas, o sea, que ninguna vale más que otra—y hay que ponerlas en común, ser muy honestos con lo que, como punto de partida una puede aportar y permitir—y yo creo que eso es un reto— que en los proyectos colectivos se permitan las diferentes implicaciones y compromisos y aceptar que nada es estático e inmutable. Pero, hacer un ejercicio de honestidad y de meditación primero. Porque, a lo mejor, necesito primero sanarme yo para ayudar a las demás. Necesito yo estar bien primero y esto creo que es uno de los grandes aprendizajes del feminismo: el autocuidado. Es como decir “necesito cuidarme primero a mí y luego...” Entonces, cuando nos pasó toda esta historia kafkiana con La Selecta—que ya sabes que fue por motivo de una charla sobre la “Ley mordaza” y sobre violencia policial que fue aumentando en intimidación y coacción—, decidimos que no íbamos a estar pegándonos contra un muro fascista y machacándonos a nosotras. La gente de la Sierra sí expresaba la carencia de La Selecta y expresaba su deseo de que volviéramos a abrir otro espacio o de que lo configuráramos. Y yo estuve estos dos años diciéndole a toda esta gente que lo hicieran ellos porque la guillotina política que sufrimos ha tenido un coste emocional, no solo un coste material. Y hay que pensar cómo esto te afecta y qué heridas emocionales te deja. Y cómo lo procesas para que eso no sea un trauma y luego poder continuar.

¿Por qué el cierre de La Selecta?

La actividad de La Selecta fue un año y medio largo. Parece que fue mucho más y en la Sierra también hay una percepción de que “¿solo fue un año y medio?” Conseguimos

algo que yo creo que es muy difícil de conseguir: una coexistencia, una cohabitación con otra comunidad que es la propiedad de la familia del centro hípico. Esta familia del pueblo y de ideas políticas de derechas gestiona caballos, rutas a caballo, pupilajes de caballo, enseñanzas a caballos. Entonces, conseguimos la coexistencia de esta familia con un laboratorio de experimentación. Esta familia confió en mí porque yo montaba a caballo allí; o sea, ya había una relación personal y, a partir de esta confianza, pues firmamos un contrato de cesión del espacio. Nosotros no pagamos alquiler. Era un contrato mercantil, de arrendamiento por el cual los tres primeros años no pagábamos alquiler. Pagábamos los gastos de luz y de agua pero no un alquiler porque se entendía que en un contexto postcrisis económica era suficiente reto arrancar todo: poner una casa a punto, poner una cafetería que entonces no tenía ni licencia. Entonces, el punto de partida es un punto muy freaky, porque hay una confianza entre dos grupos muy distintos y no solo en términos de ideología política. Pero coexistimos. Ellos vienen a comer a nuestro sitio y empieza a haber como un diálogo; comen de lo que nosotras preparamos, nosotras les invitamos también a que vengan a ver las obras de teatro, a las presentaciones, y hay una coexistencia, pues muy freaky pero que es real y sincera. Todo cambia el 26 de julio del 2014, realmente tres días antes de ese día. Entonces el 23, porque el 26 habíamos programado una charla-debate sobre violencia policial en el marco de la reforma del Código Penal de la “Ley de seguridad ciudadana” o “ley mordaza” y de la “Ley de seguridad privada”. Entonces era el verano del año 2014, todavía no se había aprobado la “ley mordaza”. El gobierno del partido había hecho todas estas reformas con bastante alevosía y oscurantismo e invitamos al grupo Madres contra la represión que es un colectivo de Madrid de Vallecas que hace un trabajo formidable de asesoría, de apoyo y de acompañamiento jurídico y psicológico para personas que han sufrido violencia policial y a sus familias.

Madres contra la represión en este momento también estaba llevando la campaña de Alfon. Alfon es el sobrino de una de los chefs de La Selecta. Alfon, que ahora está en prisión, fue acusado de tenencia de explosivos en la huelga general de 14 septiembre del 2012. Esto es algo muy común en este país, España. De vez en cuando, las fuerzas de seguridad del Estado organizan este tipo de montajes que forman parte de lo que se llama “represión ejemplarizante”: coger a una persona, o un caso, machacar y enviar el mensaje de “cuidado porque esto es lo que te va a pasar como hagas cualquier cosita de disidencia”. Entonces, Alfon fue acusado—igual que Edu García fue acusado años antes en Madrid, bueno un caso muy similar— de tenencia de explosivos sin pruebas. Finalmente, es mi palabra contra la tuya y, como yo soy la autoridad, vas a tener que demostrar que yo estoy mintiendo, porque yo soy la autoridad. Entonces Madres contra la represión estaba con esta campaña, pero en el 2012, Cristina Cifuentes, que es la actual Presidenta de la Comunidad de Madrid, era delegada del gobierno y tenía una cruzada personal contra Alfon, contra Madres contra la represión, y contra todo lo que se moviera en este circuito activista, antirepresivo. Nosotras invitamos a La Selecta a Madres contra la represión, invitamos también a Lorena Ruiz Huerta, una abogada penalista del grupo No Somos Delito, actualmente diputada, que se sabía de memoria la “ley mordaza” que era lo que meses después se aprobaría. También invitamos a rapers, de Murcia y de Madrid, para que hicieran unos conciertos. Lo que ocurrió fue que Madres Contra la represión prepararon su propio cartel informativo, además del que yo hacía con cada evento y luego lo distribuí por la Sierra. Ellos hacen un cartel y lo distribuyen en Vallecas. Cometan el craso error de poner la palabra “entrada” en vez de “bono de apoyo” que era de cinco euros y se incluía el bocadillo y el viaje en autobús hasta la Sierra Norte, porque la clase trabajadora no tienen ni coche ni capacidad para gastarse la gasolina. Entonces, se organizó a través de Madres contra la represión un autobús que pudiera ir hasta La Selecta y

que la gente por cinco euros tuviera el viaje, tuviera un bocadillo y una cerveza, ¿no?

Tres días antes del 26 de julio, que era el día que estaba previsto el evento, aparece la Guardia Civil de Buitrago del Lozoya en el local de La Selecta. Y dicen que es una inspección rutinaria y nos piden los papeles. Yo les presento todo el papeleo que además en La Selecta, desde el comienzo, hicimos de forma muy legal, ¿no? Les presento los papeles y me piden la licencia que estaba en trámite del Ayuntamiento. Cuando ya ven que realmente está todo en orden, me sacan el cartel de Vallecas y dicen “aquí dice entrada, esto es un problema, aquí no tenéis permiso para esto. Madres contra la represión..., terrorismo..., que si estamos dando cobijo a terroristas”. En suma, que empezó ahí la intimidación y la coacción que se prolongaría durante un mes y medio. Lo que pasa es que nosotras, viniendo de los movimientos sociales, pues esto, por desgracia, ya nos lo sabemos. No nos amedrentamos, les dijimos que siguieran, pero que el evento iba a continuar, y que lo íbamos a hacer. ¿Qué hizo la Guardia Civil? Se fue a los propietarios y durante 5 horas estuvo en su oficina enseñándoles las fichas policiales—o sea, haciendo algo que es ilegal— de Alfon y de Ito que era la tía de Alfon, y participante de La Selecta y que, a su vez tenía otro caso contra la violencia policial. O sea, ella había recibido unos golpes de parte de la policía, ella se había defendido y entonces tenía también un caso abierto. La Guardia Civil les enseña a los propietarios todo eso y, básicamente, les dicen que están allí alojando terroristas y que ellos tampoco tenían todos los papeles en regla..., que su negocio estaba en riesgo, que iba a haber consecuencias... Entonces, como vieron que con nosotras no podían fueron a por los propietarios. Yo tuve una reacción muy empática con la familia propietaria porque para ellos esto fue algo muy fuerte, muy violento, muy desagradable, muy, muy duro. Y entiendo lo que les está pasando. Lo que pasó es que los propietarios hicieron connivencia con el poder establecido: con la Guardia Civil, con el poder político. Entonces el mensaje que nos llegó a nosotras, que me llegó directamente a mí que era como quien habían firmado el contrato, fue de “habéis ido muy lejos con esta charla y os tenéis que ir”. No era la Guardia Civil la que había ido muy lejos con sus acciones; éramos nosotras, ¿no? que habíamos hablado de violencia policial, y además yo les decía “aquí hemos hecho, en La Selecta, charlas sobre especulación urbanística, charlas sobre violencia machista y terrorismo machista, ¿aquí han venido los maltratadores, han venido los especuladores que hay en la sierra a amenazarlos?” Pero si hablamos de violencia policial, directamente, encarnamos todo lo que estamos hablando. ¿Qué pasó?, obviamente nosotros no anulamos ese evento. Y el 26 de julio, lo que tuvimos en La Selecta, fue un día H lleno de gente del Ministerio del Interior, de la Policía Nacional, de la Guardia Civil, controles a todos los coches que venían, cacheos, y muchísima tensión.

Finalmente yo tuve que suspender los conciertos con rappers que habían venido desde Murcia y pedirles disculpas porque la tensión era inaguantable. Pero la charla la hicimos y estuvo a la altura de cualquier curso de verano de la universidad del Escorial. Fue una charla impoluta, en términos de información, de divulgación de lo que es el sistema legal del Estado español y la estrategia del Partido Popular de endurecimiento y de represión de derechos. Después de ese día todo se precipitó. Nosotras teníamos controles de alcoholemia diaria en La Selecta; las personas propietarias nos retiraron la palabra..., fue muy duro. Estuvimos así hasta octubre que era la última parte de la programación. Entonces, aguanté toda esa programación y en octubre nos fuimos de vacaciones y ya no volvimos. Allí, cerramos, pero empezamos todo el proceso judicial que ha durado dos años. Y que hemos ganado, porque finalmente, los propietarios han tenido que pagarnos 8 mil euros, y lo hemos hecho en conciliación, sin llegar a juicio. Reconociendo que, efectivamente, nos han echado

sin motivo, ¿no? Nos llegaron a enviar un burofax en el que decían que nuestras actividades eran incompatibles con las del Centro hípico. Pero claro, jurídicamente, la incompatibilidad quiere decir que estás haciendo una actividad delictiva, insalubre, no quiere decir que no te gusta que proyectemos una película que habla de lesbianas o que mis ideas chocan con tu bandera española que tiene el águila dentro todavía.

Claro, ahora cuando yo escucho a Cristina Cifuentes, que es mi Presidenta de la Comunidad de Madrid, que primero acaba con la Consejería Cultura y después hace un alegato en defensa de la cultura, y en especial en los territorios de Sierra norte, entonces quisiera preguntarle a Cristina “¿tú te acuerdes de La Selecta?”... Sí, es un conjunto de contradicciones que son necesarias para legitimar un sistema represivo y de control; y es un régimen disciplinario en el que no vas a tener ningún problema si no te sales (de ese sistema de control). El problema lo tuvimos nosotras porque “nos salimos”. Si no nos hubiéramos “salido”, habríamos seguido siendo una cafetería culturita (cool) de chicas que son “rojas”, “bolleras (=lesbianas)”—y otros calificativos que nos iban llegando de entornos rurales muy cerrados, muy conservadores— pero, al final, el respeto de la gente de la Sierra yo lo sigo sintiendo. Y creo que eso está ahí y que la mayoría de la gente te dirá “qué pena lo que pasó”. Porque al final, además, esta familia es la que ha tenido pagar la indemnización por la responsabilidad de echarnos, que fue su decisión porque son propietarios de ese local. Pero la Guardia Civil ha salido indemne.

¿Qué entiende La Selecta por “cultura”?

Nosotros hablamos de cultura libre en el campo. Pues, cultura eres tú, me preguntas. Cultura sería “culturas” en plural. “Culturas libres en el campo” son todas las prácticas susceptibles de contener una observación poética del mundo que se comparte. Para mí, eso podría ser. Y puede ser eso, “cómo yo acaricio la crin de un caballo” o “cómo me relaciono con un caballo”; qué prácticas culturales hay en torno a esa relación—animal equino y animal humano—. Puede ser también la edición de un libro, en directo, de código abierto, que hacemos entre varias personas. Cultura puede ser el aula de las ciencias y las artes que hacíamos con la universidad popular de la sierra norte de Madrid, y del 15M de sierra norte. Culturas son los platos de lentejas y las yucas fritas que Tania mezclaba desde el Salvador hasta España. Culturas es que una señora mayor me mire y me diga “hija, ojalá tuviera tu edad y pudiera hacer lo que haces, sigue haciéndolo”. Culturas es compartir saberes que son poéticos, ¿no? Hay una connotación poética, de belleza ... hablar de belleza creo que es importante...O sea, cultivar, porque la cultura es cultivar, ¿no? Entonces es algo que cuidas y, en este cuidar, hay una poética y una belleza que emociona y que moviliza y que conjuga pensamiento y sentimiento, ¿no? Y que dota de alguna manera un poco el sentido de nuestra existencia, no lo sé... y que nos vincula, claramente.

¿Cómo se conjuga teoría y práctica?

Pues, cuando tú te pones a hacer, encarnas, y entiendes cosas. Si te quedas solo en el hablar, en el decir, no vas a llegar, yo creo, a un entendimiento profundo de procesos que son muy difíciles de explicar con palabras. La palabra tiene limitación. Entonces empiezas a desmontar tu manera de observar el mundo, porque ¿cómo nos han enseñado a observar el mundo? Hace poco estaba trabajando con una compañera etnógrafa haciendo un seminario sobre artes y decolonialidad a través del cuerpo y hablábamos de eso, de cómo hay un trabajo primero que es “observar, cómo observamos el mundo” para empezar a desmontar una serie de ideas que son

esquemas sesgados, binaristas, y por supuesto racistas y heteropatriarcales, clasistas, y que responden a lo que el sistema ciencia, el sistema mundo desde el diecinueve con el círculo de Viena, pues enfoca. Y si haces esa genealogía puedes entender ahora por qué las universidades son lo que son y por qué los procesos educativos en los espacios normativos son lo que son. Entonces empiezas a desmontar eso y “haciendo” te das cuenta de que no es que esto sea ciencia y esto sea humanidades, te das cuenta de que no es blanco y negro; como dice Fina Miralles “es blanco y es negro”. Y que en esa riqueza poliédrica y, por supuesto, no binarista, hay innumerables posibilidades de percepción, de relación, y eso es una riqueza espiritual, moral e intelectual, como las riquezas de las que hablaba ayer el compañero Toni Serra cuando proyectó su ensayo visual en el encuentro ALCESXXI. Y también es desmontar el binario de “quién es el científico o la científica y quién no”, “quién es el profesor o la profesora y quién no”, “el experto o la experta y quién no”. O sea, tú desde que naces, eres una investigadora, observas, y tienes tu propio archivo, que es tu cuerpo, que es tu archivo primero, y que está ahí recogido todo. Eres eso, una investigadora, y puedes trazar un mapa y puedes crear tus propias herramientas para darte cuenta de cómo tu experiencia vivencial, en sí, es un archivo fabuloso, que no es ni más ni menos que otros archivos, y que puestos en común, pueden llegar a crear herramientas específicas para procesos de cambio y de transformación. Entonces La Selecta era eso. Era cómo “hacemos”... Llegamos por la mañana, hacemos un café... Es como La Ingovernable ahora en Madrid, que es un Centro Social Okupado. De repente, en cuestión de días, tiene todo un calendario de actividades, una parrilla de contenidos que, a lo mejor, a una Institución le costaría la contratación de dos técnicos de cultura y procesos burocráticos. Y yo digo “¡no!, ¡hay que hacer!” Sí, realmente, está todo ahí. Y las demandas y las necesidades existen y esto también es algo que desmontar. Y no es como nos han enseñado: “primero tengo que estudiar una carrera, que primero tengo que hacer eso para hacer lo siguiente”... y yo digo, “¡no!, ¡hazlo! ¿cuál es tu impulso? “Pues hazlo”. Ahí, por ejemplo, las prácticas de la performance, para mí, muestran esa facilidad del hacer y muestran la esencia de las prácticas culturales que son democráticas donde “lo haces” y “lo hacemos todas”.

¿Qué diferencia hay entre cómo Laura Corcuera entiende la educación y el modelo de educación normativa?

Fundamentalmente, yo creo que la diferencia es que en la educación normativa hay una estructura de poder muy marcada por la obediencia: o “pasas por el aro” o no pasas. Yo fui una niña muy estudiosa y no tuve problemas para “pasar por el aro”. Ha sido después, de adulta, cuando me he dado cuenta de qué hay detrás de un fracaso escolar, qué ocurre cuando no aceptas el sistema. Yo era muy rebelde pero muy estudiosa, entonces tuve ese privilegio de poder expresar, hacer fuera de la clase muchas cosas que a mí se me permitían porque yo sacaba buenas notas. Hay una relación de poder muy marcada, autoritaria y muy violenta. Entonces para mí la educación es una transmisión de saberes y de conocimientos, pero también es un flujo multidireccional. Entonces cuando una señora mayor de mi pueblo me dice “ay hija, es que yo no sé nada, no valgo para nada” y ella lo cree... A mí se me salen las lágrimas, porque pienso: “¡pero cómo puedes creer esto!” O sea, toda la sabiduría y la información que contiene tu piel, que contienen tus células, es valiosísima. Otra cosa es que una estructura normativa, educacional, ha hecho creer que esos saberes no son los que valen. Me remito también a Silvia Federici, a la caza de brujas, a lo que supuso eso, como la base de la acumulación de capital, la acumulación y mercantilización de conocimientos, es decir, qué es lo que sí se aceptaba y qué no. Entonces, para mí es establecer procesos de diálogo, de igual a igual. Cuando yo voy a dar un taller de performance, o voy a dar un seminario de periodismo, yo no voy diciendo “soy la

periodista”o “soy la artista y yo estoy en posesión de la verdad”. Yo digo “tengo 37 años, tengo esta experiencia, vivencial, acumulada, os la quiero compartir. He llegado a esta serie de teorías, he leído a esta serie de personas, he visto estos vídeos, tengo estos referentes, los comparto y voy a transmitir lo que contiene mi cuerpo y mi ser pero, en esta transmisión, yo estoy recibiendo también”. Porque yo no voy a hablar igual si sois vosotras tres personas o si son personas diferentes. Entonces en mi proceso de enunciación ya hay una escucha previa que me lleva a pensar en cómo va a recibir una pregunta, un cuestionamiento, una oposición. Entonces, para mí, es un diálogo, y es que todo está... como en un caldearse permanente, en un caldearse.

¿Qué crees que tiene que ocurrir para que las Instituciones entiendan esta otra manera de educar?

En España tenemos, por muy corta que fuera, la experiencia educativa de la Segunda República española. En un año y medio la Segunda República fue capaz de extender, sin la connotación colonialista o imperialista pero sí de extender, otras formas educativas y de extender y compartir los saberes y las culturas. Entonces, yo pienso que, si en la Segunda República eso se hizo, claro que se puede hacer a partir de una reforma estructural. Pero, claro, yo desde que tengo conciencia estoy escuchando frases como “pactos de Estado por la educación”, “una reforma transversal”, pero creo que tendrá que haber un cambio muy grande que tiene que ver con una voluntad política. No sé si el partido político Podemos, a día de hoy, está en capacidad de hacer esto. A lo mejor esta sociedad necesita madurar y aglutinar diferentes organismos que estén en la política institucional y en la política no institucional y hacer que eso se revierta. Porque quiero creer que el caldo de cultivo y el tejido está, que tenemos músculo para poder darle la vuelta a lo que hoy en día tenemos, y ser referente incluso, desde el sur de Europa, para otros territorios.

¿Cuál es el motor de la ilusión en momentos de desafecto político?

Es un palpar, algo muy biológico; es un palpar que tiene que ver con la vivacidad, con estar viva. Y con el reto de seguir indagando en esto que llaman los filósofos “el sentido de la vida, el sentido del mundo”. La filósofa Marina Garcés cuando ocurrió el cierre de La Selecta me decía: “Laura, no termina nada ni comienza nada, lo importante sigue”. Y que te digan esto es estupendo porque, efectivamente, hasta que muramos, lo importante sigue. Y, no sé, creo que eso es algo muy personal. Cómo una se relaciona con ese compromiso y con esa implicación con el mundo del que forma parte y cómo interviene ahí; cómo te relacionas con el árbol que está al lado de su casa, con la hormiga, con el pájaro que se despierta cada mañana, o con tu vecina. Es que es una “movida” (=gran acontecimiento) la vida. Y la vida en sí también es política, porque esta separación es otro de los sesgos consecuencia de esta observación occidental y heteropatriarcal, clasista, racista del mundo. Es decir, identificar “esto es política, y esto no es política” y yo digo, “¡vamos a ver!, ¿qué es política?” Para mí, vivir en un pueblo, es mi primera acción política. Yo vivo en un pueblo con cien habitantes y puedo estar dos semanas y haberme gastado tres euros, para mí eso es mi primera acción política, y también, si vivimos en mundo muy materialista, muy enfocado en “quiero, quiero, quiero, quiero”, es política que yo empiezo a escucharme y, de repente, me paro, dejo de producir, y empiezo a ver la capacidad de lo que hay aquí dentro de mí, que es enorme y, entonces, te das cuenta de muchas cosas.

¿Cómo se conjuga el liderazgo con el hecho de ser mujer?

Pues se conjuga en la resistencia, -me ha salido acento maño-, y mujer lesbiana ni te cuento. Bueno, soy blanca de clase media y universitaria, así que eso está a tu favor. Se conjuga en la resistencia con mucho esfuerzo. Yo creo que, un día, este mundo estará por encima del dinero, no habrá dinero, y estará por encima de las diferencias arquetípicas y artificiales de lo que somos las personas. Entonces, en ese sentido, algún día todos seremos queers, creo. Pero, a día de hoy, ser mujer y gestionar el poder es una "movida" (=trabajo muy pesado) porque tienes que estar muy alerta y crear muchas alianzas. Pero yo creo que, bueno, está habiendo un renacer de las brujas y que, al final, hasta las propias masculinidades las estamos trabajando desde los feminismos, desde los transfeminismos en este caso. Entonces, pues los varones tienen que espabilar, claro. Porque somos nosotras las que estamos desarrollando un conocimiento situado, creando alianzas, creando marcos de sostenibilidad de la vida, abriendo camino, girando la cabeza hacia otros lugares, dibujando las alternativas que nos han dicho que no había, y creando contrapoder, con todo lo que eso supone. Los precios son altos pero, a día de hoy, por lo menos a nosotras no nos queman en la hoguera, ni nos ponen electrodos en psiquiátricos como ocurría antes.

¿Qué es para Laura Corcuera el progreso en términos no capitalistas?

Evolución, sería una cuestión evolutiva. Más allá de la evolución darwiniana pero tiene que ver, pero es una cuestión de evolución. De evolucionar. Y eso tiene que ver con el aprendizaje, evolucionar supone eso.